

El sastrecillo valiente

En una mañana de verano se encontraba un sastrecillo sentado frente a su mesa, cerca de la ventana; estaba de buen humor y cosía con entusiasmo. Por la calle subía una campesina pregonando:

-¡Buena mermelada vendo! ¡Buena mermelada vendo!

Al sastrecillo le sonaba esto a música celestial; asomó su delicada cabecilla por la ventana y llamó:

-¡Venga, buena mujer, que aquí se desprenderá de su mercancía!

La mujer subió las escaleras que conducían a la casa del sastrecillo, llevando sus pesados cestos, y tuvo que sacarle y enseñarle cuantos tarros traía. El sastrecillo miró y remiró todos los tarros, levantándolos y metiendo en ellos las narices, hasta decir al fin:

-La mermelada me parece buena; pésame dos onzas, buena mujer, que aun cuando llegue a un cuarto de libra no me parecerá mal.

La mujer, que había esperado hacer una buena venta, le dio lo que pedía, pero se alejó toda enfadada y refunfuñando.

-¡Pues bien -exclamó el sastrecillo-, que Dios me bendiga la mermelada, y que me dé fuerza y salud!

Y diciendo esto sacó un pan de la despensa, cortó una rebanada a todo lo largo y la untó de mermelada.

-No sabrá amarga -dijo-; pero antes de comérmela quiero acabar el jubón.

Colocó la rebanada de pan a su lado y siguió cosiendo y dando, de alegría, puntadas cada vez más grandes.

Entretanto, el olor a dulce mermelada subía por las paredes, donde las moscas se amontonaban en gran número, de tal forma que eran atraídas y se lanzaban en enjambre sobre el pan.

-¡Eh!; ¿quién os ha invitado? -gritó el sastrecillo, espantando a los indeseables huéspedes.

Pero las moscas, que no entendían alemán, no sólo no se sentían molestas, sino que se acercaban en grupos cada vez mayores. El sastrecillo acabó por perder la paciencia. Irritado como estaba, cogió un trapo, y al grito de «¡Esperad, que ya os atizaré!», golpeó sin compasión. Cuando se detuvo para contar, nada menos que siete moscas habían estirado la pata.

-¡Qué tío eres! -exclamó, admirado de su propia valentía-; esto lo ha de saber toda la ciudad.

Y a toda prisa cortó tela para un cinto, lo cosió y bordó en él con grandes letras: «¡Siete de un solo golpe!».

-¡Qué ciudad ni que ocho cuartos! -siguió diciéndose-; ¡el mundo entero ha de enterarse de esto! -y su corazón palpitaba de alegría como el rabo de un corderillo.

El sastrecillo se abrochó el cinturón y se dispuso a salir al mundo, ya que pensaba que su taller era demasiado pequeño para su valentía. Antes de partir rebuscó por toda la casa a ver si encontraba algo que pudiera llevarse, pero no encontró más que un queso viejo, que se metió en el bolsillo. Ante la puerta vio a un pájaro que había quedado apresado en un matorral; el pájaro acabó en el bolsillo junto al queso. Entonces se puso valientemente en camino, y como era del-

gado y ágil no sintió ningún cansancio. El camino le condujo a una montaña, y cuando hubo alcanzado la cumbre más alta, se encontró con un inmenso gigante que descansaba apaciblemente en el suelo. El sastrecillo se le acercó atrevidamente y le dijo:

-¡Buenos días, camarada!, ¿qué tal? Estás ahí sentado y contemplas el ancho mundo, ¿no? Me encamino precisamente hacia él en busca de fortuna. ¿Quieres acompañarme?

El gigante miró al sastre con desprecio y le dijo:

-¿A ti, asqueroso? ¡Tío miserable!

-¡Muy bien! -replicó el sastrecillo, desabrochándose la chaqueta y enseñándole el cinturón al gigante-; aquí puedes leer qué clase de hombre soy.

El gigante leyó «Siete de un solo golpe», pensó en que se trataba de hombres a los que el sastrecillo había matado y el pequeñajo le infundió de repente algo de respeto. Pero antes quiso probarlo: cogió una piedra con la mano y la estrujó hasta que cayeron gotas de agua.

-Imítame en esto -dijo el gigante-, si es que tienes fuerza.

-¿Eso es todo? -preguntó el sastrecillo- es un verdadero juego de niños para mí.

Y al decir esto se echó mano al bolsillo, sacó el blando queso y lo estrujó hasta sacarle el jugo a chorros.

-¿Qué -dijo-, no fue algo mejor?

El gigante no sabía qué decir y tampoco dar crédito a sus ojos. Entonces el gigante levantó una piedra y la tiró tan alto que apenas podía distinguirse con la vista.

-Bien, hombrecillo, imítame en esto.

-Buen tiro -dijo el sastrecillo-, pero la piedra volvió a caer a tierra. Voy a arrojar una que nunca volverá.

Y se metió la mano en el bolsillo, cogió al pájaro y lo lanzó al aire.

El pájaro, contento de verse libre, se elevó por los aires, huyó volando y no regresó.

-¿Qué te pareció, camarada? -preguntó el sastre.

-En verdad que sabes tirar piedras -dijo el gigante-, pero ahora vamos a ver si eres capaz de cargar con algo decente.

Llevó al sastrecillo hasta una majestuosa encina que, ya serrada, estaba en el suelo y le dijo:

-Si eres lo suficientemente fuerte, ayúdame a sacar este árbol del bosque.

-Con mucho gusto -dijo el pequeño-. Échate tú únicamente el tronco sobre los hombros, que yo levantaré y llevaré la copa; pues es lo que más pesa.

El gigante se echó el tronco al hombro y el sastre se sentó sobre una rama; y el gigante, que no podía volver la cabeza, tuvo que cargar con todo el árbol y con el sastrecillo encima. Éste se encontraba alegre y bien acomodado en la parte trasera y se puso a tararear la canción «Tres sastres cabalgaban

hacia el portón», como si el cargar árboles fuera un juego de niños. El gigante, después de llevar un buen trecho la pesada carga, no pudo continuar y llamó:

-¡Escucha!; he de dejar caer el árbol.

El sastrecillo saltó ágilmente, abrazó el árbol con ambos brazos, como si lo hubiese estado llevando, y dijo al gigante:

-Eres un tío tan grande y ni siquiera puedes cargar con un árbol.

Siguieron caminando juntos, y cuando pasaron cerca de un cerezo, el gigante lo agarró por la copa, en donde cuelgan los frutos más maduros, lo dobló y se lo puso al sastre en la mano, diciéndole que comiera. Pero el sastrecillo no era tan fuerte como para mantener doblado el árbol, y cuando el gigante lo soltó el árbol volvió a enderezarse y el sastrecillo salió por los aires. Cayó sin sufrir daños, y el gigante le dijo:

-Pero, ¿qué es eso!: ¿no tienes fuerzas para sujetar esa débil varilla?

-Las fuerzas no faltan -respondió el sastrecillo-. ¿Piensas acaso que eso sería difícil para quien dio con siete de un golpe? He saltado por encima del árbol porque los cazadores están disparando allá abajo en la maleza. Imita el salto si es que puedes.

El gigante hizo el intento, pero no pudo pasar por encima del árbol y quedó colgando de las ramas; o sea, que el sastrecillo mantuvo también aquí su ventaja.

-Ya que eres un tío tan valiente -dijo el gigante-, vente a nuestra gruta a pasar la noche.

El sastrecillo estaba dispuesto y lo siguió. Cuando llegaron a la gruta, otros gigantes se encontraban allí, sentados junto al fuego, y cada uno tenía un cordero asado en la mano y comía de él. El sastrecillo miró a su alrededor y pensó: «Esto es más espacioso que mi taller». El gigante le indicó una cama y le dijo que podía echarse a dormir. Pero al sastrecillo le resultaba la cama muy grande; no se metió en ella, sino que se acurrucó en un rincón. Cuando llegó la medianoche el gigante pensó que el sastrecillo se encontraría profundamente dormido, se levantó, cogió un barrote de hierro, partió la cama en dos de un golpe y creyó haber mandado al otro mundo al saltarín. A la mañana siguiente se fueron los gigantes al bosque, habiéndose olvidado completamente del sastrecillo; y de repente lo vieron venir corriendo tras ellos tan contento y orondo. Los gigantes se asustaron, temieron que los mataría a todos y salieron huyendo precipitadamente.

El sastrecillo prosiguió su camino, siempre a la buena de Dios. Después de haber andado mucho, llegó al patio de un palacio real, y como se sintiera cansado, se acostó sobre la hierba y se durmió. Mientras dormía se acercaron algunos hombres, lo contemplaron de arriba a abajo y leyeron en el cinturón: «Siete de un solo golpe».

-¡Oh! -dijeron-, ¿qué pretende hacer aquí, en tiempos de paz, un héroe tan grande? Ha de ser un señor muy poderoso.

Se fueron a dar parte al rey y opinaron que, en caso de guerra, sería un hombre muy importante y provechoso, por lo que no había que dejarle ir de ninguna manera. Al rey le pareció oportuno el consejo y envió a uno de sus palaciegos a donde se encontraba el sastrecillo, encomendándole que esperase a que se despertara para ofrecerle entonces sentar plaza de soldado. El emisario permaneció junto al durmiente hasta que se despertó y abrió los párpados; entonces le hizo la propuesta.

-Precisamente por eso he venido aquí -respondió el sastrecillo-, estoy dispuesto a entrar al servicio del rey.

Así que fue recibido con todos los honores y se le asignó una vivienda especial.

Pero los soldados estaban irritados con el sastrecillo y deseaban verlo a mil leguas de distancia.

-¿Qué ocurrirá? -se decían entre ellos-; si nos peleamos con él, y nos ataca, de cada golpe caerán siete de los nuestros. Eso no lo resistiremos.

Así que tomaron una decisión, fueron juntos a ver al rey y le rogaron que los despidiese.

-No estamos hechos -dijeron- para estar junto a un hombre que mata a siete de un solo golpe.

El rey se entristeció al tener que perder a todos sus fieles servidores por uno solo, y deseó que sus ojos no lo hubiesen visto nunca; y se hubiese desembarazado gustosamente de él, pero no se atrevía a despedirlo temiendo que lo matase ante su pueblo y ocupase el trono real. Meditó largamente, encontrando al fin una solución. Mandó a decir al sastrecillo que, puesto que era un bizarro guerrero, pensaba hacerle una propuesta: en uno de los bosques de su reino moraban dos gigantes que causaban grandes daños con sus robos, asesinatos e incendios; nadie podía acercárseles sin peligro de muerte. Si vencía y mataba a los dos gigantes le daría a su única hija por esposa y medio reino de dote; cien jinetes deberían acompañarle y prestarle ayuda. «Eso sería ya algo para un hombre como tú -pensó el sastrecillo-: una hermosa princesa y medio reino son cosas que no se ofrecen todos los días».

-¡Oh, sí -respondió-, acabaré con los gigantes!; pero no necesito a los cien jinetes, pues quien da con siete de un solo golpe no ha de preocuparse por dos.

El sastrecillo se puso en marcha y los cien jinetes lo siguieron. Al llegar al lindero del bosque dijo a sus acompañantes:

-Quedaos aquí, que yo solo daré cuenta de los gigantes.

Entonces se internó en el bosque y miró por todas partes. Pasado un rato divisó a los dos gigantes: yacían bajo un árbol y dormían y roncaban tan fuerte que las ramas se mecían de arriba abajo. El sastrecillo, que no era nada vago, se llenó los bolsillos de piedras y trepó al árbol. Cuando llegó a la copa se deslizó por una rama hasta quedar encima de los durmientes; entonces fue tirando a uno de los gigantes una piedra tras otra en el pecho. El gigante no sintió nada al principio, pero finalmente dio un empujón a su compañero y le dijo:

-¿Por qué me pegas?

-Sueñas -dijo el otro-, no te estoy pegando.

Se echaron de nuevo a dormir; entonces el sastrecillo le tiró al otro una piedra.

-¿Qué significa eso? -exclamó éste-; ¿por qué me tiras piedras?

-No te estoy tirando piedras -refunfuñó el primero.

Estuvieron peleándose un rato, pero, como estaban cansados, dejaron las cosas como estaban y los párpados se les cerraron de nuevo. El sastrecillo siguió de nuevo con su juego, eligió la piedra más gorda y se la arrojó violentamente al primer gigante en el pecho.

-¡Esto ya es demasiado! -gritó el gigante. Y saltando como un demente, empujó a su compañero contra el árbol, haciéndolo temblar. El otro le pagó con la misma moneda,

y fue tanta su rabia que arrancaban los árboles y se golpeaban con ellos, hasta que al fin ambos cayeron muertos al suelo al mismo tiempo. Entonces el sastrecillo saltó a tierra.

-¡Qué suerte -se dijo- que no hayan arrancado el árbol en el que me encontraba!; de lo contrario hubiese tenido que saltar a otro como una ardilla; ¡pero soy ágil!

Desenvainó la espada y asestó unos buenos tajos en el pecho a los dos gigantes; entonces se fue a ver a los jinetes y les dijo:

-El trabajo está hecho: he dado muerte a los dos; pero la pelea fue dura: en su desesperación, llegaron a arrancar los árboles para defenderse; mas no hay nada que hacer cuando se presenta uno como yo, que da con siete de un solo golpe.

-¿No estáis herido? -preguntaron los jinetes.

-Salí bien parado -respondió el sastre-: no me tocaron ni un pelo.

Los jinetes no querían creerlo y se internaron en el bosque: en él encontraron a los gigantes nadando en su propia sangre, y vieron esparcidos en torno los árboles arrancados.

El sastrecillo exigió al rey la recompensa prometida; pero éste se arrepintió de su promesa y pensó de nuevo en la manera de deshacerse del héroe.

-Antes de que recibas a mi hija y el medio reino -le dijo- has de realizar todavía otro acto de heroísmo. En el bosque se encuentra un unicornio que ocasiona grandes estragos; tendrás que darle caza.

-Un unicornio me atemoriza todavía menos que dos gigantes; siete de un solo golpe: he ahí mi fuerza.

Cogió una soga y un hacha, salió para el bosque y ordenó a su escolta que lo esperase afuera. No necesitó buscar mucho: el unicornio se presentó pronto y se lanzó a galope tendido contra el sastre, como si quisiera atravesarle con su cuerno sin contemplaciones.

-¡Para, para! -dijo éste-; no tan rápido.

Y se quedó de pie esperando a que se acercara el animal, entonces saltó ágilmente y se ocultó detrás de un árbol. El unicornio corrió con todas sus fuerzas contra el árbol y clavó su cuerno tan profundamente en el tronco que ya no tuvo fuerzas para sacarlo; así que quedó aprisionado.

-¡Ya tengo el pajarillo! -dijo el sastre.

Y salió de detrás del árbol, echó al unicornio la soga al cuello, utilizó el hacha para sacar el cuerno del árbol y, una vez todo listo, cogió el animal y se lo presentó al rey.

El rey no quería darle el premio prometido y le exigió una tercera labor: antes de la boda, el sastre debería cazar un jabalí que causaba grandes daños en el bosque; los cazadores le ayudarían.

-Gustoso -dijo el sastre-; esto es un juego de niños.

No llevó al bosque a los cazadores, que quedaron con ello muy satisfechos, pues el jabalí los había recibido ya en varias ocasiones de tal manera que no les quedaban ganas de ir en su busca. Cuando el jabalí vio al sastre, se lanzó sobre él con sus colmillos afilados echando espumarajos por la boca, para tirarle por tierra. El ágil héroe corrió hacia una ermita que estaba en las cercanías, entró en ella y salió inmediatamente por una ventana. El jabalí había entrado en pos de él; pero el sastrecillo ya estaba fuera y

le cerró la puerta de la ermita. Así quedó apresado el furioso animal, pues era demasiado pesado y torpe como para saltar por la ventana. El sastrecillo llamó a voces a los cazadores para que se acercasen a ver al apresado animal.

El héroe se fue a ver al rey, que, de buena o mala gana, tuvo que cumplir su promesa y entregarle a su hija y la mitad del reino. De haber sabido que no tenía ante sí a un bizarro guerrero, sino a un sastrecillo, el hecho le hubiese apesadumbrado mucho más. Así que la boda se celebró con gran pompa y poca alegría, e hizo de un sastre un rey.

Pasado cierto tiempo escuchó la joven reina, por la noche, cómo su esposo hablaba en sueños:

-Mozuelo, hazme el jubón y échame un remiendo al pantalón o te daré con la vara de medir en las orejas.

Entonces se dio cuenta de la baja condición del joven señor; se quejó a la mañana siguiente a su padre, y le pidió ayuda para liberarse de un hombre que no era más que un pobre sastre. El rey la consoló y le dijo:

-Deja abierta esta noche la puerta de tu dormitorio; mis criados estarán fuera, entrarán cuando se haya dormido, lo atacarán y lo llevarán a un barco que lo conducirá a tierras lejanas.

La mujer quedó satisfecha con esto, pero el escudero del rey, que había oído la conversación y que le era fiel al joven señor, se lo comunicó todo.

-He de poner punto final a esto -dijo el sastrecillo.

Por la noche se fue con su mujer a la cama a la hora acostumbrada; cuando ésta creyó que se había quedado dormido, abrió la puerta y se acostó de nuevo. El sastrecillo, que sólo hacía como si durmiese, empezó a llamar a voces:

-¡Mozuelo, hazme el jubón y échame un remiendo al pantalón o te daré con la vara de medir en las orejas! He dado con siete de un solo golpe, y a dos gigantes, y he cazado un unicornio y un jabalí, ¿y he de temer a aquellos que están apostados frente a mi dormitorio?

Cuando los criados oyeron hablar al sastre, fueron presas del pánico; salieron corriendo como si todo un ejército los persiguiera, y ninguno de ellos pensó jamás en volver a acercarse al sastrecillo.

Así que el sastrecillo siguió siendo rey durante toda su vida.